

Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

DANIEL URRABIETA VIERGE



Logró como dibujante
el primer puesto de España,
y hasta con la mano izquierda
resulta el mejor de Francia!

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Sistemas de hacer comedias, XIX, por Rafael María Liern.—Cuento de hadas, por José Estremera.—Carrera política, por Luis Royo Villanova.—El pan nuestro..., por Eduardo Bustillo.—¡Valiente gangal, por Juan Pérez Zúñiga.—El tiro por la culata, por Sinesio Delgado.—Claro, clarito..., por Antonio Montalbán.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Daniel Urrabieta Vierge.—Lo eterno.—Anuncios, por Cilla.



El cambio de ministerio ha venido á perturbarlos hondamente. Ya estábamos hechos á la gobernación dulce y suave de los conservadores y vivíamos felices, en medio de nuestra insignificancia, cuando de pronto surgió el ministerio sagastino y con él un deseo vehemente de engrandecernos.

Hay cambio de situación—nos dijimos,—pues habrá también cambio de personal. Hagámonos hombres.

Y desde aquel punto y hora comenzó nuestra peregrinación por las casas de los personajes, á fin de obtener un nombramiento que nos colocase en posición desahogada.

Hasta ahora sólo hemos conseguido que nos reciban con frases atentas y nos pasen la mano por el cogote diciéndonos:

—Perfectamente; tomaré nota de su pretensión, y cuando me ocupe en el arreglo del personal, veré si encuentro la manera de complacer á usted.

Fiados en esta promesa halagadora, viviremos dichosos dos ó tres meses; hasta que se poseione de nuestra alma el demonio de la duda, y veamos, por último, que no se ha fabricado para nosotros el dulce turrón del presupuesto.

Hé aquí la eterna historia de las crisis políticas. Entra en el poder D. Fulano, amigo nuestro, á quien conocimos hace la friolera de veinte años, cuando no era más que segundo violín de la orquesta de Vigo y usaba una capita verde que parecía una manteleta.

—Ese hombre no nos negará un destino en cuanto se lo pidamos—decimos llenos de convencimiento.—Ese hombre no se habrá olvidado de aquel tiempo en que le prestábamos nuestro paraguas para que pudiera presentarse decentemente en el comité electoral.

Y corremos á visitarle.

Pero ya no es el segundo violín que habíamos conocido; es un personaje muy tieso, con bata y zapatillas, que nos recibe ceremoniosamente.

—Estoy lleno de compromisos—dice.—No sabe usted cuánto me pesa haber aceptado este cargo; pero, en fin, haré todo lo posible; basta que nos hayamos conocido hace tanto tiempo...

—Muchas gracias.

—¡Oh, la política! ¡Estoy harto de la política!

Al oír esto se nos ocurre preguntarle:

—¿Le gustaba á usted más tocar el violín?

Pero nos contenemos por no herir la susceptibilidad del pro-hombre ilustre, que aún conserva cerca del ojo derecho la cicatriz producida por un golpe que le atizó con el clarinete un compañero suyo de orquesta, á causa de una cuestión originada por la brisca.

Dicho se está que aquel amigo de otros tiempos no nos coloca, porque tiene compromisos de mayor importancia; por ejemplo, el de un joven recién salido de la universidad que quiere un sueldo para abonarse al teatro y poder vestir á la última moda; el de un monigote que desea irse soltando en la ortografía y á quien quiere su mamá tener recogido en un ministerio para que no

le prostituyan las malas compañías, y el del hijo de un cacique electoral que no piensa ir á la oficina porque está estudiando la carrera de veterinaria. Aparte de esto, es preciso respetar á los empleados antiguos, para que puedan seguir tomando café al lado de la chimenea y despachar sus asuntos particulares con toda comodidad.

Hay hombre de éstos que administra en Madrid seis ó siete casas, y se pasa el día llenando recibos ó haciendo presupuestos de obras y reparaciones, para lo cual tiene que servirse de los escribientes que paga el Estado. Otros van á las oficinas á traducir novelas de Montepin, y gastan pliegos y pliegos de papel Romani con cargo al capítulo del material.

—¿Qué hace usted, Gorgojo?—pregunta uno de éstos al escribiente.

—Estoy poniendo en limpio una comunicación.

—Pues déjelo usted todo. Lo que corre más prisa es este capítulo de mi novela.

—Sí, pero á las cinco vendrá el interesado á buscar la comunicación.

—Que se espere. ¡No faltaría más! Cópíeme usted estos cinco pliegos con letra clara. Al llegar aquí, deje usted unos cuantos renglones en blanco, porque quiero intercalar media docena de reflexiones morales, que no se me ocurren en este momento.

Y mientras el escribiente pone en limpio la novela del funcionario, varios caballeros esperan en la antesala que les despachen sus asuntos, y tienen que luchar con la ordinariéz de los porteros y la grosería natural de los jefes de negociado.

El más atrevido de los pretendientes se permite preguntar á un hujier:

—¿A qué hora recibe el oficial encargado de mi expediente?

—¡Hombre! ¡Me choca la pregunta!—contesta el interpelado.—¡Si creerá usted que los oficiales están aquí para servir á todo el mundo!

—No digo eso.

—Pues espere usted si gusta, y si no se va usted á la calle... Y haga usted el favor de no acercarse tanto al brasero, que le va usted á quitar el brillo.

En aquel momento suena el timbre y acude el hujier solícito á recibir las órdenes del funcionario traductor, que dice en tono autoritario:

—¡A ver! Que vaya un ordenanza inmediatamente á la imprenta de Hernández, Libertad 16, duplicado, bajo.

—El ordenanza está quitándole las manchas al gabán del señor director.

—Que lo deje todo. Este recado es urgentísimo.

—Advierto á usía que hay varios sujetos en la antesala.

—Que se marchen. Hoy no recibo á nadie absolutamente. Estoy cansado de contestar á preguntas fastidiosas. ¡Ah! Si viene una señora alta, con un abrigo de pieles y un perro chiquitín, páseme-la usted al momento.

El oficial, después de expedir estas órdenes importantísimas, coge el borrador de su novela y se pone á repasarlo con un interés digno de mejor causa.

«El conde, poseído del vértigo, cogió á la duquesa por la cintura y la arrojó contra las baldosas.

—¿Qué hacéis, mi bien amado conde?—preguntó ella, tapándose los ojos con sus pequeñas manos.—Es por esto que yo no quería venir á vuestra casa amueblada...»

Mientras el oficial se entrega á sus lucubraciones, con menoscabo de los intereses públicos, nos dice el ministro sentenciosamente:

—Ya ve usted, yo no puedo dejar cesante á ninguno en esta casa, porque todos son funcionarios laboriosos, con brillante hoja de servicios, y aquí no hay costumbre de hacer cesantías. Si se hiciesen, la máquina administrativa dejaría de funcionar...

Para libros buenos, uno que acaba de publicar Eduardo de Palacio con el título de *Adán y Compañía*. Parece mentira que se pueda reunir en un solo tomo tanta cantidad de ingenio y gracia.

Bien que Palacio es especialista en el género.

¡Ha curado él más hipocondrias!...

LUIS TABOADA.



SISTEMAS DE HACER COMEDIAS

XIX

SR. D. SINESIO DELGADO.

Invoca usted mi amistad
para obligarme á decir
mi sistema de escribir
las comedias, ¿no es verdad?
La petición agradezco
con la humildad más sincera.
Me honra usted de una manera,
querido, que no merezco,
porque aunque estoy bueno y sano,
digo, con pesar profundo...
«*Ya no vivo yo en el mundo,*
que dice el cantar gitano.

En vano á Talía invoco;
escribo—sin fe ninguna—
poco y malo; por fortuna,
ya que es malo, escribo poco.
Claro es que lo he de sentir,
porque viejo... y no teniendo...
En fin, vaya usted leyendo
mi manera de escribir.

Yo madrugo—entre los dos,
porque es *cursi*, ha de quedar,—
y aunque doy en madrugar,
me ayuda muy poco Dios.

Me sirve ha tiempo un muchacho
liso como un contrahecho.
Ya, cuando *saigo del lecho*,
me tiene limpio el despacho.

¡Qué pulcritud necesito
para escribir! ¡Asombrosa!
Mi casa es poquita cosa,
el despacho muy bonito.

¡No se han extinguido en mí
las costumbres de otros días!
Conservo coqueterías.

¡RESABIOS DE LO QUE FUÍ!

De arte en mi despacho hay aura,
libros, bronce, buenos platos
de Manises, los retratos,
al agua fuerte, de Maura,

ante los cuales me arrobo
por ser los retratos de
los grandes autores que
publicó don Pedro Novo
por su iniciativa sola,
honrando así á los que hicieron
las obras que enaltecieron
la dramática española.

A mis tradiciones fiel,
me desayuno cuanto antes;
dejo á mi izquierda bastantes
cigarrillos de papel.

Pongo sobre la cartera,
que *limpio* hasta con exceso,
papel comercial, sin eso,
ni dos líneas escribiera.

Y á dos columnas, ¡oh, sí!
pues si no, salgo de juicio;
á dos columnas, *conditio*
sine qua non, para mí.

Con entusiasmo y afán
enristro la pluma al punto;
encuentro pronto el asunto;
tardo en combinar el plan.

Emborrono tonterías,
canto, paseo, me apuro;
hacer el plan, lo aseguro,
me cuesta bastantes días.

Me pongo de mal humor
y voy de aquí para allí.
Cuando hago un plan, para mí
no existe el mundo exterior.

Como en la jaula la fiera,
yo no sé lo que me pasa.
A las gentes de mi casa
ni las saludo siquiera.

¡Hago cada desatinol
Dije, almorzando, una vez:
«*Echadme la escena diez,*
por decir «*echadme vino.*»

Y la semana pasada
dije—claro, sin pensar:—
«No lo puedo remediar,
me enamora la criada.

¡Vamos, me la comerá!
—Viejo, bribón, *adefesio*.
Figúrese usted, Sinesio,

lo que en casa se armaría!
Terminado el plan, descanso,
dejando de estar en vilo,
quedo tranquilo, tranquilo
como el agua del remanso.

Decía Molière á Ledia
—Lo dice su biografía:—
«Esta noche, hermosa mía,
he acabado una comedia,

porque no me falta más,
para ensayarla, que el diálogo.»
Verdad, que ni en el decálogo
más grande la encontrarás,

querido lector; en suma,
pasado el inquieto afán,
sobre las líneas del plan
dejo deslizar la pluma,

no porque la musa mía
fácil corra á todas horas,
como las locomotoras
sobre los *rails* de la vía,

no tal, pues á lo mejor,
y en el más supremo instante,
me hace echar un consonante
muchas gotas de sudor.

Lo que dicen—y lamento—
esos de la *nueva norma*,
de que hallan siempre la forma
de encerrar el pensamiento

sin rebuscar, y, felices,
lo propio, bello y galano
siempre lo tienen á mano...
diga usted que son narices.

El que menos y el que más,
para llegar á buen fin,
se pasa las de Caín
si no pasa los morás.

¡Yo paso cada vigilia!...
Pues qué, ¿se escribe á destajo?
Terminado ya el trabajo,
no lo leo á la familia,

porque el éxito es seguro
con tales *alabarberos*.
Lo leo á mis compañeros
más íntimos... Y lo juro,

no siento al pronto Desmayo,
me pongo con fe á ensayar,
pero comienzo á temblar
desde que empieza el ensayo.

Cuando ya ensayo, no escribo;
corrijo, consulto autores,
cuido mis tiestos de flores,
yo no duermo, yo no vivo.

Que *voy á caer* presumo.
Para calmar la inquietud,
extremo la pulcritud
en mi cuarto, y lo perfume

con mano temblona, inquieta;
colonia va, jazmín viene...
¡Algo mi despacho tiene
de tocador de coqueta!

En ensayos *ya mayores*
nada me parece bueno.
Y la noche del estreno
no estoy entre bastidores.

Me cuido hasta del detalle
antes de empezar la fiesta.
En cuanto empieza la orquesta,
ya me tiene usted en la calle.

Por temer á un fin funesto,
ni aplauso ni grito escucho.
¿Me aplauden? Me alegro mucho.
¿Me gritan? Pues no protesto.

Autor no pretendo ser
ni lo soy, en mi sentir;
pero, amigo, hay que escribir,
porque es preciso comer.

¡Inevitable molestia,
pues de evitarla no hay modo!
Todo lo he perdido, todo,
todo menos la modestia,

que siempre me ha acompañado.
Que no me abandone pido.
.....
.....

Conque queda usted servido,
y yo quedo muy honrado.

RAFAEL MARÍA LIERN.

CUENTO DE HADAS

Perico, un hidalguelo de pobre cuna,
era desde la infancia muy ambicioso,
y con la sola idea de hacer fortuna
buscaba siempre medios de ser dichoso.

Una noche, en el bosque, vió que de lejos
una luz misteriosa se iba acercando,
á cuyos azulados tenues reflejos
se iban ramas y flores iluminando.

Luego vió que salían los resplandores
de una mujer fantástica, dulce y hermosa,
formada por los genios encantadores
de claridad de luna y hojas de rosa.

Retrocedió al principio, lleno de espanto,
mas viendo la belleza de la figura,
su alma de adolescente sintió el encanto
atractivo, inefable, de la hermosura.

El mozo, no creyendo lo que veía,
interrogó al fantasma de esta manera:
—¿Eres visión que finge mi fantasía?
¿Eres mujer con vida, ó eres quimera?

—Yo—dijo con voz pura, dulce, armoniosa—
soy el hada de aquella selva vecina;
yo logré que tu infancia fuera dichosa,
tú naciste en la selva, soy tu madrina.

Conozco que en el pueblo te desesperas
y que volar ansías á otras regiones;
un don quiero otorgarte, pide el que quieras
que colme por completo tus ambiciones.

—Déjame—dijo Pedro—que lo medite,
que recorra naciones, que trate gente
y trace los proyectos que necesite,
cuando conozca el mundo perfectamente.

—Lo que quieres es justo; vuelve aquí cuando
puedas coger los frutos de la experiencia—
dijo el fantasma, y luego se fué alejando
cual huye una ondulante fosforescencia.

* * *

Volvió al año siguiente, y el hada hermosa
al hallarle en el bosque le dijo:—Pedro,
tu expedición ha sido muy provechosa.
¿Sabes ya qué he de darte para tu medro?

—Quiero un maravilloso é inapreciable
don con el que en la lucha nadie me venza
y colme sus deseos mi alma insaciable.
—Bueno, y ¿qué don es ése?

—Poca vergüenza.

JOSÉ ESTREMEBA.

— * * —

CARRERA POLÍTICA

En este país ¡ya se sabe! el que no es político no es nada.
Médicos, abogados, ingenieros, escritores, por mucho que valgan
y trabajen, jamás conseguirán celebridad ni crédito mientras
no ingresen en un partido militante y consigan la inmunidad
parlamentaria, mil veces más apetecible que la inmunidad co-
lérica.

—Su chico de usted ya ha entrado en quintas, ¿verdad, D. Melitón?
Y ahora, ¿qué piensa hacer?

—Lo que haga la mayoría.
—¿La mayoría de sus compañeros?

—No, señor; la mayoría parlamentaria, porque poco he de poder
ó he de sacarle un distrito en las próximas elecciones generales.
—Es decir, que conoce las necesidades del país.

—Nada de eso, conoce las suyas propias, y basta.
—Tendrá condiciones de legislador...
—Ni por pienso; pero habla mucho, es una taravilla y no se
corta por nada. Le dijeron que Demóstenes se había hecho orador
llevando piedras en la boca, y él se está haciendo un tribuno de
primera chupando en ayunas todos los pitos que le encuentra á
su hermana la menor.

¡Ser diputado! Tal es el sueño de nuestra juventud dorada.
Hoy estudia usted en la universidad con un joven á quien sus-
penden por no conocer las leyes de Partida, y al año siguiente se
lo encuentra usted en las Cortes haciendo un código civil para
toda la nación española.

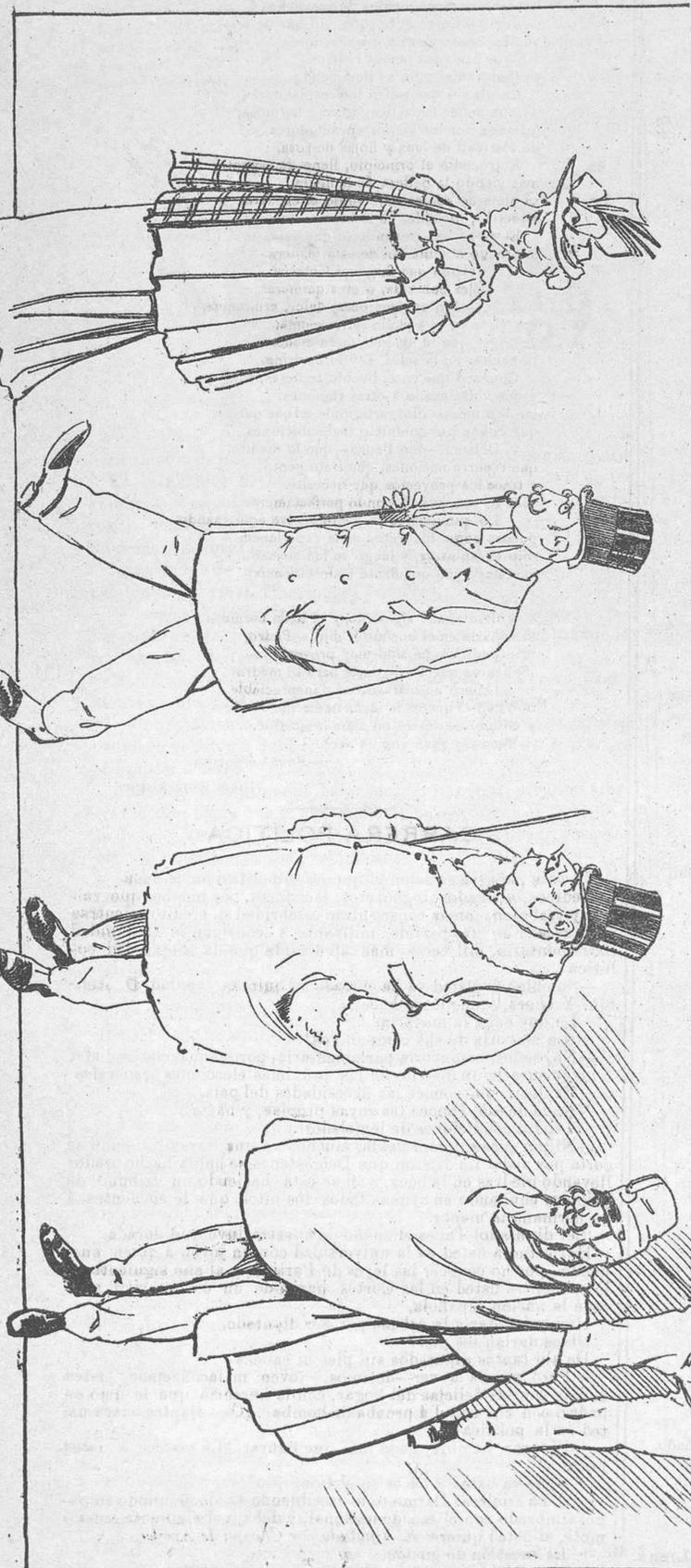
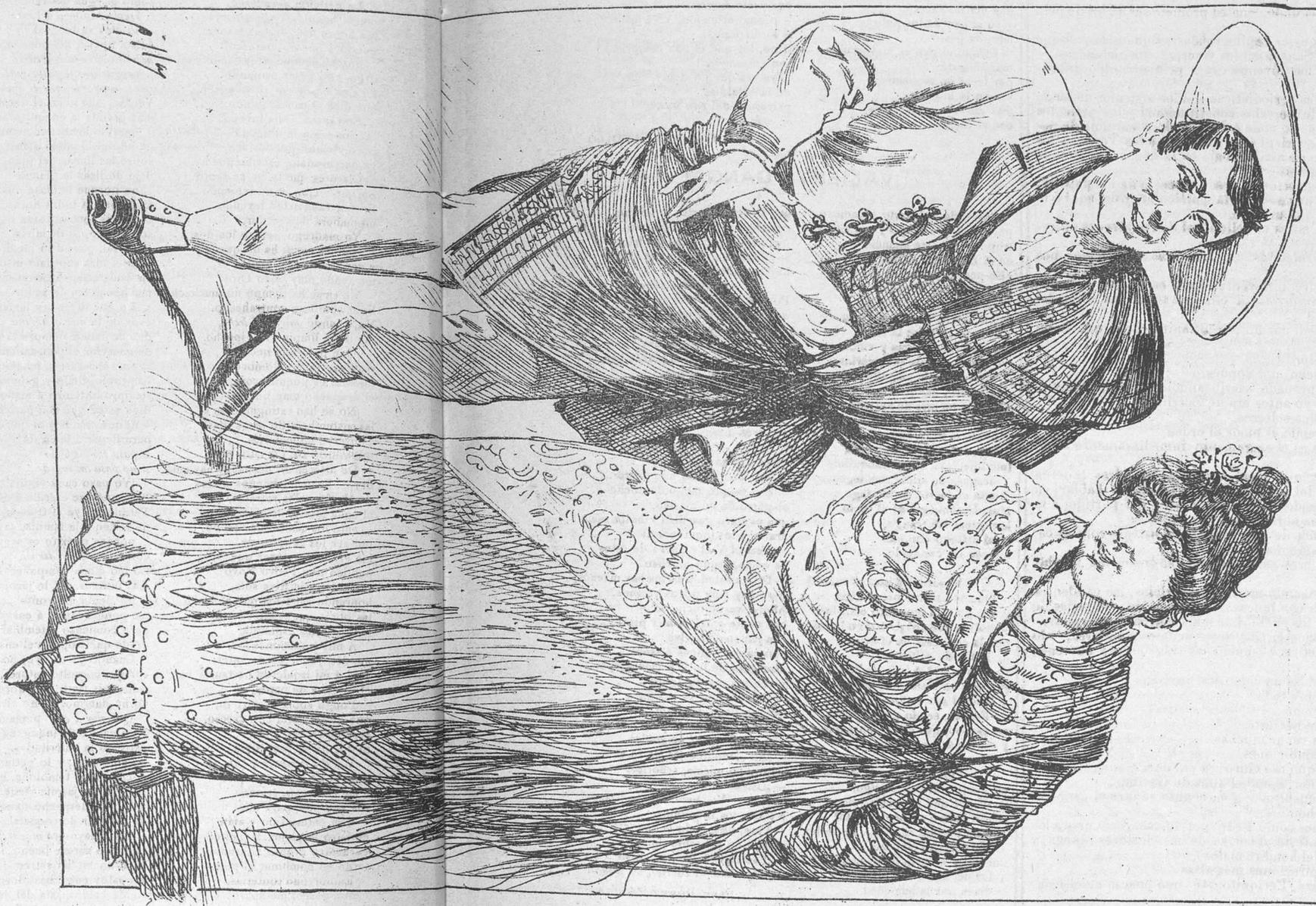
Hay quien daría la cabeza por ser diputado.
Otros darían los pies.
De ahí tantos diputados sin pies ni cabeza.

—Pero vamos á ver—decimos,—joven malaconsejado: usted
cuenta con las delicias del hogar, con la herencia que le dejó su
padre, con una salud á prueba de bomba... ¿Qué diantre busca usted
en la política?

—Figurar, hombre; nada más que figurar. ¿Le parece á usted
poco?

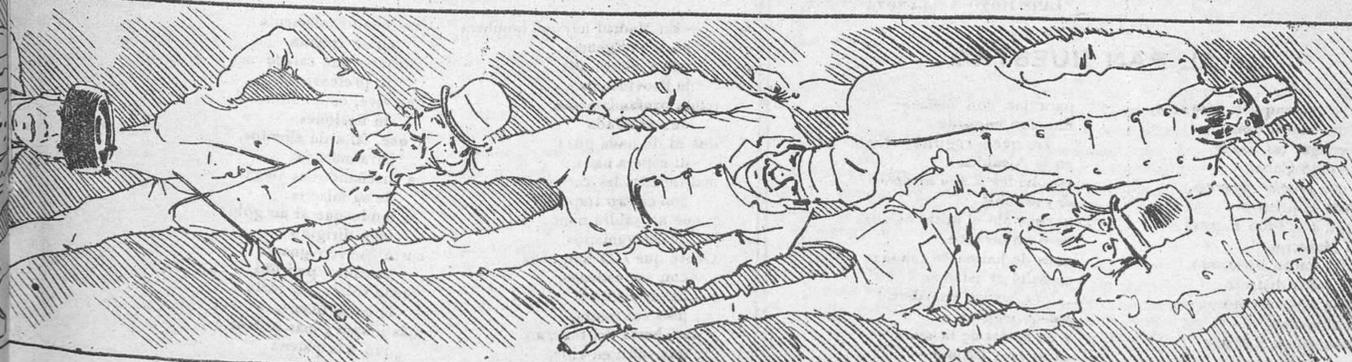
—¿Qué va usted á hacer en el Congreso?
—¡Una friolera! Darme tono escribiendo á todo el mundo en pa-
pel timbrado con el escudo nacional, y debajo el siguiente lema ó
mote, si usted quiere: *El diputado por Chiripa de Arriba*.
—Es cuestión de gustos.

LO ETTERNO



Se acabarán las artes y el torero,
cambiarán los gobiernos sin cesar.

pero nuestra acción al *piropo*,
ésa... ¡qué ha de cambiarse!



—¿Y enviar «besa-la-manos» á tutiplén? ¿Cree usted que es flojo placer el de andar por ahí besuqueando la diestra á todo el género humano?

La juventud encuentra el terreno abonado para dedicarse á la política desde la edad del pavo.

A un mismo tiempo conocemos la mano del primer barbero y estrechamos la del primer jefe.

—Va usted á tener unas guías—nos dice el primero—que ya las quisieran más de tres.

—Joven—nos dice el segundo,—usted promete ser de los de pelo en pecho.

Y ante semejantes augurios capilográficos, el que más y el que menos sueña con ser un Sansón en los Cuerpos colegisladores.

La prensa se abre á los jóvenes como primer campo de ensayos.

Fruto de tales campañas periodísticas son los artículos de fondo sacados de un manual de derecho constitucional y los artículos de política europea en que se pone á Bismarck como hoja de perejil, se dicen herejías de Crispi ó se afirma que los Vosgos y los Balkanes arderán pronto de arriba abajo en la hoguera común de la guerra continental-express.

Desde la mesa de la redacción, ó desde el cesto de los papeles, tonto es quien no pesca una secretaria particular, y de aquí á la yernocracia no hay más que un paso.

Una huérfana rica era antes el bello ideal de los jóvenes en estado de merecer.

Ahora, ¡nada de huérfanas! Ni *La Huérfana de Bruselas* nos gusta ya.

¿Tiene la chica un padre influyente? Pues eso basta para que nos consagremos ó *consuegremos* á ella con todas las veras del alma.

—¿Conque se casa usted por fin con Juanita? Creo que es un buen partido.

—El partido conservador.

—La querrá usted mucho, por supuesto.

—Mucho; ya se lo he probado sacrificándole todas mis convicciones políticas. Porque yo antes era de Zorrilla...

—Sí, como casi todos los solteros.

—Y ahora me va entrando el amor al orden.

—Es natural; el orden es el sacramento inmediatamente anterior al matrimonio.

En la secretaria del comité local aprenden los chicos la jerga política, en los escaños del ayuntamiento se sueltan á hablar, en los *meetings* van conociendo á la plana mayor del partido, á la gente gorda, que exclama abrazando á los neófitos:

—¡Oh! ¡Los entusiasmos de la juventud! En ustedes confiamos, ustedes son los hombres de mañana.

—¿De mañana? No lo crea usted: ¡si aquí se trasnocha muchísimo!

Poco á poco se van sumando méritos y servicios, las candentes discusiones en la prensa con lances ó sin ellos, las campañas de propaganda política por los pueblos de mala muerte (generalmente de trabuco), los trabajos en las corporaciones populares, todo ello da notoriedad y práctica, ensancha las tragaderas y aumenta el desparpajo.

—¡Vaya con Antoñito! Es un chico que promete.

—A sus acreedores sobre todo.

—Tiene alientos, los tiene.

—Más que un fuelle de herrería.

—Y como condiciones reúne muchas.

—Todo un pliego de condiciones.

—Le aseguro á usted que ese chico irá por donde quiera.

—Por doquiera, sí, señor, como el alma de Garibay.

Viene al cabo el acta suspirada, y en cuanto se jura el cargo el diputado se siente otro hombre.

Entra en los ministerios como Pedro por su casa, concurre á los *tes* de la presidencia, contesta al correo de sus electores, juega y pierde (véase «La vida del hombre malo»).

Y surgen entonces aspiraciones más altas.

—Dímelo con franqueza, Periquito: ¿tú qué buscas en el Congreso?

—Lo que encontraré de seguro: sentarme en el banco azul.

—¿Conque en el banco azul? Pues cuando tú te sientes en él ya habrá perdido la colorará días.

LUIS ROYO VILLANOVA.

EL PAN NUESTRO...

Tú, quienquiera que seas, el que ahora subas á recoger las llaves que dejó Cubas, el que *propter honorem*, desde el principio cargó con todo el peso del Municipio:

Tú, varón esforzado, por quien disfrute calma todo vecino sin el *matute*, y con quien el abuso no se desborde,

para que, con *flaqueza*, ninguno engorde:

Tú, que á regirnos vienes en la Alcaldía: no olvides el pan nuestro de cada día;

porque ahí el mismo Cubas tuvo un atranco, pues de harina en tahoas se halló el estanco.

Sin harina, ya sabes, todo es *mohina*, y en costal de la usura ya es otra harina;

y si por uno ciento

nos da San Bruno,

tahoneros nos cobran

ciento por uno.

Si hay desmanes, yo espero

que los corrijas,

apretando en los hornos

bien las clavijas.

Que en el cobro en tahonas

hay mucho exceso,

y en el pan de los pobres

falta de peso.

Cuanto el pan es más grande

más añagaza;

por fuera un monumento

ves en la hogaza;

mas descubres las tripas

con el cuchillo,

y allá, en la sepultura,

cabe un novillo.

¿Quién rellena los panes

con la merienda?

Sangrando está ese *timo*

que pide enmienda.

Y una idea propongo

que no es tan mala:

quien compre un panecillo,

cómpralo á *cala*.

¡Como el melón! Y es justo,

si lo dispones;

si no, los que el pan compran

son *los melones*.

Y ya ves que no debes,

en la Alcaldía,

privarnos del pan nuestro

de cada día.

EDUARDO BUSTILLO.

¡VALIENTE GANGA!

Buscando un cuarto espacioso, porque el que ocupo ya es chico, tropecé con este anuncio en el *Diario de Avisos*:

«En punto céntrico y casa de muy pocos inquilinos, contra el gusto del casero, se encuentra un cuarto vacío.

El cuarto es bajo; la finca tiene ascensor, agua y vino.

De noche guarda sus puertas un perro mastín magnífico, y el casero, aunque es de Lugo,

no exige un mes de anticipo, como hacen otros. Razón, calle de la Bola, cinco.»

«Pues, señor, ya tengo casa (me dije). ¡Ya estoy tranquilo!»

Y después de andar dos leguas, di con el cuarto el domingo.

Mas de cómo quedé al verlo la portera fué testigo,

y mi diálogo con ella merece ser conocido.

.....

—¿Qué le parece á usted el cuarto?

—Que es oscuro, pero clico, y que no está en punto céntrico.

—¿Cómo que no? ¿Usted no ha visto que la casa está en el centro de la fila de edificios de esta acera? A más, la finca

¿no está en Madrid, señor mío?

—Madrid ¿no está en el centro de España, según me ha dicho mi esposa, que es de consumos, y sabe más que Lepijo?

—Sí.

—Pues la casa está entonces en punto céntrico... ¡digo!

—¿Y por qué el anuncio llama cuarto bajo á un piso quinto?

—Pues porque es bajo... de techo.

—(Se necesita cinismo.)

Bueno, ¿y el agua que anuncian?

—Lo del agua, señorito, lo dicen por la humedad

que tiene el cuarto, lo mismo cuando aprietan los calores que cuando aprietan los fríos.

—¿Y cómo á tan grande altura hay humedad?

—Muy sencillo. Porque al lado vive un viudo que suele llorar muchísimo.

—¿Y cómo anuncian ustedes que además del agua hay vino?

—Porque está en la planta baja la taberna del *Hocicos*.

—¿Y es verdad lo de que el amo no exige un mes de anticipo?

—Es cierto, sí. Lo que exige son tres meses.

—¡Jesucristo! ¿Pues es una friolera!

—¿Y eso de que hay un perrito?...

—Eso es que suelto de noche al perro de mi marido,

que es buen guardián y hasta suele tirarse á los inquilinos.

—¡Bravo! Y el número de éstos es corto, según he visto.

—Diré á usted. Cuartos hay muchos, pero hay muy pocos vecinos.

Ahora, verbigracia, sólo hay gente en el primer piso:

una jamona que vive con cuatro amigas ó cinco.

¡Son más de bulla y más guapas... y reciben más amigos!...

—Pues, señor, es una finca que no tiene desperdicio.

—Y usted no sabe que cuenta con un ascensor magnífico.

—¿Sí? ¿Dónde está? No lo veo.

—Soy yo misma, señorito.

—¿Usted?

—Yo, que sube en brazos á todos los inquilinos.

—Pues, hija, todo el anuncio resulta un soberbio timo.

—¡Eso es faltarme, so cursi!

—¡Vaya usted al cuerno, so pingo!

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

EL TIRO POR LA CULATA

—En Madrid hay mil hombres en la indigencia (se dijo cierto día la Providencia), tropa profundamente desventurada que ni de nada goza ni espera nada, mal tapadas las carnes con cuatro trapos y que no saldrá nunca de sus guiñapos. Gente que está que trina con sus cadenas, sin hallar lenitivo para sus penas, y que, harta del infierno que sufre en vida,

por miedo solamente no se suicida. Morralla que carece de pretensiones, que vive, como un árbol, sin ilusiones, y que, falta de alientos, pura materia, va enseñando las llagas de su miseria. De modo que si un golpe bien dirigido corta ese repugnante miembro podrido, queda sólo en la corte la parte buena, más limpia y más brillante que una patena.

Este procedimiento
no será blando,
pero ¡qué diantre! todos
salen ganando...
Y en cuanto hubo medido
muy á conciencia
todas estas razones
la Providencia,
llamó, para enterarle
de su programa,
al ángel de los vientos
del Guadarrama.
El cual, en una cruda
noche de invierno,
hizo sobre las cumbres
sonar un cuerno,
y los picachos todos
recién nevados
mandaron hacia el valle
soplos helados.
Cuchillos invisibles
de filo doble
que podrían acaso
partir un roble,
cuanto más al mendigo

que hubiera al paso
sin cenar y sin ropa
durmiendo al raso.
El frío heló el estanque,
la fuente, el río...
y sintieron el golpe
mortal del frío...
todos los que salieron
sin precauciones
de teatros y bailes
y reuniones.
Tanto que resultaron
al otro día
setecientos enfermos
de pulmonía.
.....
Y pensaban en tanto
los desperdicios
que improvisaron camas
junto á los quicios:
—¡Ya se ve que la noche
no es de verano,
porque es fresquito el aire!...
¡Pero es tan sano!

SINESIO DELGADO.

CLARO, CLARITO...

I

¿Quieres lanzarme por el sendero
de la etiqueta, de lo galante,
para que siga tu derrotero,
si en el concierto de lo elegante
soy yo la nota más discordante
de ese panderó?...
¿No se te alcanza que la ocurrencia,
rebase el colmo
de la mesura, de la prudencia,
que eso es pedirle peras al olmo
ó al necio rasgos de inteligencia?
El medio ambiente de mis pasiones
no es el entero de tus salones:
¿cómo lanzarme por tu sendero!
¿cómo seguirte sin aprensiones,
si en él me muero
porque no tengo yo los pulmones
acostumbrados á ambiente entero!
¿Por qué te empeñas en tonterías,
si yo no entiendo de *pequeñeces*,
si no sé nada de cortesías,
y doy temblando los buenos días
cuando saludo, que es pocas veces;
si el frac me causa mucho tormento,
si no sé nunca cómo llevarlo,
y es tan visible mi azoramiento...
que no hago nada más que arrugarlo
cuando me siento?
Pero, con todo, lucha y se afana
por complacerte mi atroz manía,
y si pudiera te imitaría
de buena gana,
¡pero no puedo, paloma mía!

II

¿Quieres que vaya por los salones
fingiendo mucho desembarazo,
bailando vales y rigodones,
si no me sirven para el bromazo
ni mis modales, ni los riñones,
ni el espinazo?
¿No has calculado que mi asistencia
la reina moda
la miraría con insolencia,
y que yo tengo poca paciencia
en cuanto alguno se me incomoda?...
Si me sacases con tus m-tracas
de mis casillas—que no me sacas,
porque me encantan por lo sencillas,—
tropezaría con las butacas
y con las sillas...
y esas son cosas bastante... flacas
para que salga de mis casillas.
¿A qué te afanas, á qué me esperas,
á qué me invitas, á qué me apuras?
¿Si no hay jarabes en mis maneras,
ni distinciones en mis finuras,
ni... bulloncitos en mis pecheras!
¿Si yo no sirvo para elegante;
si no conozco ninguna historia
de esposa débil, de infiel amante;
si no me vale ni la memoria

para intrigante!...
Pero quisiera vencer el miedo,
curarme pronto de mi manía...
y si pudiera te imitaría,
pero no puedo,
¡pero no puedo, paloma mía!

ANTONIO MONTALBÁN.

CHISMES Y CUENTOS

Esta semana estamos lucidos.
No hay periódico que, de la cruz á la fecha, no hable de candidatos,
combinación de gobernadores, planes de gobierno, etc. etc.
Y como para nosotros ése es un terreno vedado, no sabemos de qué
hablar.
Porque como no pretendemos escudriñar los propósitos del nuevo mi-
nistro de Marina...

Y apropósito:
Tengan ustedes mucho cuidado con las noticias de empleos, ascensos,
traslados y otras gracias.
Porque á lo mejor leen ustedes:
«Se cita para ocupar la subsecretaría tal ó el gobierno civil de tal parte
á D. Fulano ó D. Mengano.»
Y resulta que son D. Mengano y D. Fulano los que se citan y echan á
á volar sus nombres por los periódicos á ver si cuajan.

En Cádiz se han encontrado hasta la fecha ocho bombas explosivas de
las llamadas *fierras marciales*, distribuidas convenientemente en las cañerías.
No se puede negar que los anarquistas españoles son unos ángeles.
Se ocupan en colocar bombas con grave riesgo de sus vidas, y en cuanto
han concluido su difícil operación, van y avisan á la policía para que las
descubra y quedemos todos tan contentos.

Aprovecho la carencia total de asuntos de que tratar para comunicar á
ustedes dos noticias interesantes.
Sigue la baja de consumos.
Que está compensada, gracias á Dios, con el alza persistente de los
cambios.
Y vamos viviendo, aunque *vilipendiosamente*.

Con motivo de los escándalos del Panamá, cuentan los periódicos cosas
muy peregrinas.
Una de las más notables ha sido la de que en el despacho del barón
Reinach ha encontrado la comisión informadora de la cámara gran canti-
dad de frascos con venenos.
¿Una colección de venenos en una casa de banca!
Estaría allí en la previsión de que llegara una letra *concebida* en estos
términos:

«Se servirá usted pagar por esta primera de estircina...»

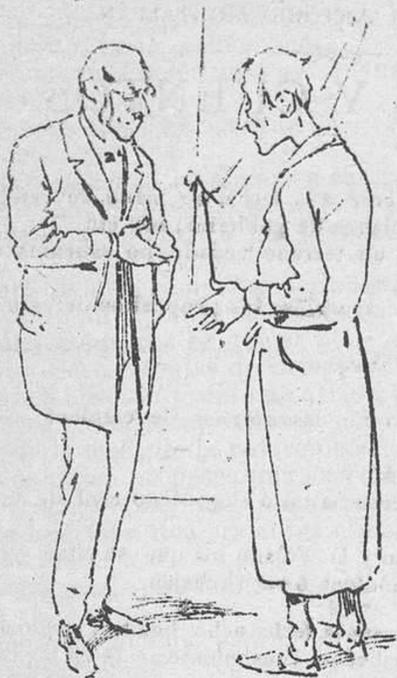
CORRESPONDENCIA PARTICULAR

A. C. I. T.—¡No! más vale que no se meta usted á poeta. Es mal oficio.
El doctor Estoque.—Que tiene la desgracia de no contar las sílabas.
Beltenebros.—Versifica usted bien. Y es imposible que si hace usted co-
medias buenas no se las admitan. Porque, créame usted, están haciendo
muchísima falta.
Sr. D. J. R. P.—No puedo aprovechar ninguno.
Canuto.—Ni de esos dos tampoco. Son malos entrambos.
Sr. D. A. C.—Ya saldrá, no tenga usted cuidado. Esos cambios obede-
cen á exigencias del ajuste, que son tiránicas generalmente.
Sr. D. D. del P.—Sevilla.—Deploro el percance. Dé usted mis afectu-
osos recuerdos á esas señoritas.
Pepita Piporro.—Están suspendidos por enfermedad. No puedo jurar
que se continuará, porque no lo sé.
P. Spun. T.—Se agradece. Y eso que los versitos dejan bastante que
desear.
Pinón.—Es demasiado larga, dada la pequeñez del asunto. Se recibie-
ron las anteriores, pero no pudieron aprovecharse tampoco, y como es
imposible contestar á todas las cartas... Es difícil *entrar* en el índice de este
año, porque no faltan más que dos números, uno de los cuales con poco
original, y puede decirse que están ya hechos á estas horas.
Doctor Camiseta.—Es una lástima que la mitad de los versos le resulten
á usted sin ritmo de ninguna clase.
Esquilache.—No, lo malo no es eso. Lo malo es que el cuento es más
conocido que el Ave María.
Alfredo.—Ni las seguidillas están mal ni carecen de gracia. ¡No, señor!
La franqueza ante todo. Pero eso del sistema de hacer comedias hay que
dejárselo á los que las hacen... con consentimiento del público.
Sr. D. L. A. y M.—Lo titula usted *Tiempo perdido*, y lo es efectivamente.
Y no es por otra cosa sino porque están mal medidos los versos.
Rodajas.—Poquita cosa y... con poquita gracia.
Sr. D. J. S. B.—No recuerdo ahora. Pudo llegar y no ser contestada
por las razones apuntadas muchas veces, y pudo no llegar. ¡Vaya usted á
saber!
Aceite, vinagre y sal.—¡Por Dios, hombre! ¿Ofendernos por una broma?
¡Pues si estamos aquí para eso precisamente!

MADRID, 1892.—Tipografía de MANUEL G. HERNÁNDEZ, impresor de la Real Casa.
Libertad, 16 duplicado, bajo.

ANUNCIOS

Lit. Madrid Cómico, Jesús del Valle, 36



—Pensando en Encarnación me es imposible dormir, y ¡es claro! voy á morir de fiebre y de consunción.
—¡Pues eso se queda en nada en cuanto te acueste usted en cama del Bazar de la Plaza de la Cebada!
Número 1.



—No bebas tanto, mujer.
—Es que me ha dicho el doctor que para males de amor cognac fino de Moguer.
Sobrinos de Guinea, Carretas, 27.



No hay habitante en Sajonia, ni en Francia, ni en Gibraltar que no gaste la Colonia de casa de Palomar.
Fuencarral, 24.
Perfumería y droguería.

CHOCOLATES Y CAFÉS
DE LA
COMPañIA COLONIAL

TAPIOCA, TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL
CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID



—Estás hecho un cabayero, Hermenegildo.
—¡Pa chascos como que tengo un sombrero de M. García Carrasco!
Carretas, 26.



—¿Es usted inglés de Londón?
—No señor, eso quisiera! Inglés es el pantalón que es de casa de Pesquera.
Magdalena, 20.

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Pago adelantado, en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente. 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero derecha.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

Biblioteca del MADRID CÓMICO

FÁBULAS Y CUENTOS

por JOSÉ ESTREMEIRA

Precio: 2 pesetas.

MIGAJAS

por J. LÓPEZ SILVA

Precio: 2 pesetas.

PÓLVORA SOLA

por SINISIO DELGADO,

dibujos de CILLA.

Precio: 3 pesetas.

ESPAÑA CÓMICA

Album de cincuenta cartulinas,

encuadrado en tela.

Precio: 25 pesetas.

TITIRIMUNDI

por LUIS TABOADA, dibujos de CILLA.

Precio: 3,50 pesetas.

GUASA VIVA

por J. PÉREZ ZÓSTIGA, dibujos de CILLA,

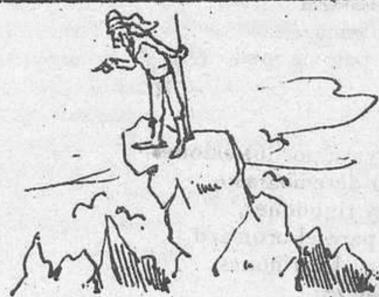
Mascareñas y Gros.—Precio, 3 pesetas.



GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE
MÁLAGA-MANZANARES



Si de aquí me caigo y me rompo un diente, me lo pone Tirso inmediatamente.
Mayor, 73.



El día de Santa Rita me ha regalado mi esposa una camisa preciosa con cuello de pajarita.
Martínez.—San Sebastián, 2.



Está Jove entusiasmado porque encuentra celestial el sabor del anisado con la marca El Imparcial.
Vicente Lóbes.—Zaragoza.



San Pedro, como está calvo, ha dicho que deja entrar en el cielo, al que le lleve la quina de Palomar.
Fuencarral, 24.
Droguería y perfumería.